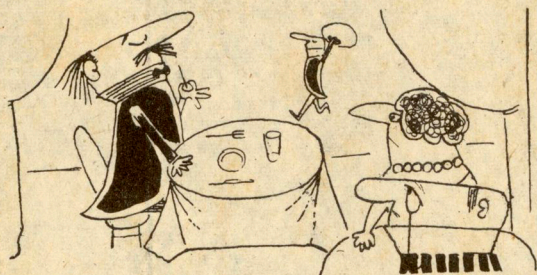


# La DERECHA y el



## RESENTIMIENTO

por SEBASTIAN SALAZAR BONDY

Se llama derecha, o sea, se denominan partidos del orden, a hombres y agrupaciones que han dividido a la humanidad, con un criterio maniqueo, en dos sectores: el del bien y el del mal. El carácter de ambos es considerado absoluto. Tal absolutismo proviene de una rígida concepción del mundo, de valores considerados absurdamente eternos e invariables. Tras dichos "valores" se ocultan privilegios (de raza, de linaje, de ventaja económica, de dominio político) a los cuales, dentro de una escala inflexible, se les tiene por derechos. Toda suerte de rebeldía contra dichos "valores" y contra privilegios y derechos consecuentes, de parte de las mayorías explotadas, movidas por una nueva doctrina (como el socialismo) o por una nueva conciencia (como el anti-imperialismo o el anti-colonialismo) es calificada, desde el punto de vista de las camarillas favorecidas por un sistema que excluye a las masas de la justicia y el bienestar, como expresión del mal.

Ahora bien, la derecha política, económica y social tiene una especie de comando: los empresarios, los latifundistas, los politiqueros, los burócratas de alto nivel, y posee también su cauda, compuesta por quienes reciben, de la mesa del festín de los privilegiados, unas ciertas sobras, que no por ser tal cosa dejan de implicar un premio en dinero y prerrogativas con relación al nivel general del resto de un país. Hay, pues, dos modos de llegar a ser derechista. El primero por pertenecer a las castas adineradas. El segundo por depender de la "generosidad" de aquéllas. El resentimiento de los que están incluidos, por nacimiento o asunción, en las castas, se acuña en el miedo al cambio y a la pérdida de los privilegios y goces propios de su posición en la cúspide de la pirámide social. La discriminación y la represión son los instrumentos que emplea la derecha de ese nivel para combatir la emergencia popular dialéctica en su esencia. "El cholo huele mal", "el obrero es bruto", "las masas sólo entienden el lenguaje de los palos", "quieren los izquierdistas el caos", etc., son algunas de las fórmulas con que se expresa el terror a la caída de un orden que no es, por cierto, el Orden.

El resentimiento de los otros derechistas, los subordinados de los primeros, se expresa en la ejecución de esa voluntad que segrega y castiga toda negación del oprobioso sistema. Estos son los que acusan el mal olor y quieren confinarlo, los que verifican la no demostrada inteligencia del trabajador, los que redactan las leyes anti-populares, los que propinan los palos, los que colocan los diques a la revolución (que no es caos, sino renovación), y son, además, los que escriben en los periódicos con pretensiones doctrinarias agitando las banderas falaces de la democracia burguesa en apoyo de los regímenes arbitrarios, los que en los tribunales trabajan para el beneficio de una empresa contra sus modestos servidores, los que en el despacho ministerial se ocupan de detener con la autoridad del Estado las reclamaciones que afectan la situación de los plutócratas. Así hacen méritos para acceder a la casta, a la cual ingresarán después de una amplia foja de servicios y una cuenta corriente, o propiedades, o acciones.

El resentimiento de la derecha no admite conciliación. Es ambición, es concupiscencia, es pánico, es por todo ello, crueldad. Los amos quieren precaver sus intereses materiales, que aprecian como heredad o como conquista de su esfuerzo, aunque reposen en el hambre de miles o millones, apelando a la falsa verdad absoluta. Los sirvientes, generalmente incapaces para triunfar sin el padrinazgo de aquellos amos, aspiran a que la falaz certeza del orden inamovible continúe para poder un día alcanzarla. El resentimiento de un tipo y otro de derechismo es egoísta: atiende sólo a la felicidad individual y prescinde de la sociedad y la solidaridad en que su progreso uniforme se sustenta. Pertenece a la psicología de la caverna, al esclavismo, a la humanidad anterior a la presencia de las masas como protagonistas de la historia. Por eso se la llama retrógrada, no como insulto sino como definición.